

Los inicios del pontificado burgalés de Fr. Cirilo de la Alameda (1849-57)

En 1849 la situación de la Iglesia isabelina presentaba un horizonte consolidado. Tras la firma del «Arreglo del clero» (noviembre de 1848) la de un Concordato que viniese a establecer sobre sólidas bases el diálogo entre ambas potestades, se convertía ya en una simple cuestión de tiempo. Todos los puentes del contacto normal entre una y otra esfera se habían restablecido y las vías de una ancha cooperación quedaban abiertas para alcanzar metas que sólo un lustro atrás parecían utópicas. En este año se completaba asimismo la vasta operación de llenar las muchas brechas abiertas en el episcopado por la muerte y persecución de algunos de sus miembros durante la década de las Regencias. Atrás quedaban recelos y malentendidos y no había de ser la Iglesia la más cicatera en buscar una sincera conciliación entre los españoles, bien que a menudo no acertase en la elección de los caminos y sendas más adecuados. En el panorama europeo, aunque Pío IX no había regresado todavía a Roma, en el verano de 1849 la tormenta desatada en el año precedente contra los tronos semejaba ya definitivamente conjurada. Todas las monarquías europeas se presentaban triunfantes sobre la revolución e incluso en Francia el Príncipe-presidente daba signos de continuar los pasos de su tío.

Como hombre avezado a escrutar los signos de la política, el eclesiástico español quizá más famoso de la crisis final del Antiguo Régimen no será el último de los obispos en advertir la propicia coyuntura que se acercaba para una Iglesia poco ha maltrecha. Su preconización para una de las sedes más renombradas e importantes de la Corona española constituía la prueba más irrefragable de la confianza de la monarquía isabelina en la adhesión de la Iglesia surgida de la guerra civil y de los enfrentamientos con los gobiernos progresistas. El que el

paladín en un inicio de la causa carlista —por cuya simpatía sufrió largo destierro— alcanzase ahora la silla metropolitana burgalesa refrendaba tanto la buena voluntad de los gobiernos isabelinos como la visión política de algunos prohombres moderados. Empujado por tal viento, el antiguo prelado de Santiago de Cuba se adentró sin ningún prejuicio o escrúpulos por el terreno abierto mediante el acuerdo entre Madrid y Roma y llegó a convertirse en una pieza importante del pacto entre ambas, según había de confirmarse una vez más diez años más tarde al ser elevado a la sede primacial de Toledo (1).

La carta de salutación que escribiera a sus diocesanos burgaleses estaba penetrada del espíritu referido. Modelada según las premisas habituales de tales escritos, se distinguía, no obstante, por cierta originalidad. Su retórica era menor que la mayor parte de las dictadas con motivo de la inauguración de los distintos pontificados y su afán de síntesis, superior al ofrecido generalmente por los documentos de dicha índole. Consciente de que la archidiócesis castellana no era política ni intelectualmente un lugar relevante y sabedor, igualmente, del peso en ella de los elementos y manantiales de la tradición, su pluma se explanaba muy poco por la geografía de las cartas pastorales redactadas en sillas de mayor densidad humana o cultural. Escéptico quizá ante proyectos y planes excesivamente amplios o grandilocuentes, el arzobispo-fraile se manifestaba también muy parco en el momento de delinear las coordenadas de su futura acción que, en realidad, quedaban veladas u omitidas. Sólo una alusión a su planteamiento sobre la conformación del Seminario diocesano descubría un punto importante de su actividad futura (2). Ilustrado el mismo y con indudables cualidades de hombre de letras, el famoso franciscano encarecía y no se cansaba de ponderar la trascendencia de la cultura del clero, en la que veía el principal instrumento para acometer con éxito la misión de éste en el mundo que le había tocado vivir. Un poco intemporal, según la connotación casi indeficiente de la pastoral española contemporánea, el

(1) CUENCA TORIBIO, J. M., *Sociología de una élite de poder de España e Hispanoamérica contemporáneas: la jerarquía eclesialística (1789-1965)*. Córdoba, 1976.

(2) «Dijimos poco ha que la impiedad había sido vencida por las verdaderas ciencias, y nos gloriamos en asegurar que lo será hoy sí, abandonada su hipócrita seducción, atacare frente a frente las verdades reveladas, siempre que el Clero, versado en las letras humanas, instruido en la ciencia de Dios y de sus misterios, teología apoyada en la infabilidad de las santas Escrituras, saliere a la defensa. Ningún argumento nuevo presentan ahora los sectarios que la Iglesia no haya refutado victoriosamente; así es que el sacerdote estudioso halla en los Cánones de los Concilios, en las decisiones de la Santa Sede, en la doctrina de los Santos Padres, de los teólogos y canonistas célebres, todo lo que ha menester para responder a cuantos argumentos se le hicieren; y pocas veces dejará de ganar con su saber y su dulzura evangélica aún a los más pertinaces en el error. Diez y nueve siglos son testigos de ese triunfo, y cuantos subsiguan lo serán también. He aquí por qué nos interesamos tanto en que nuestro Clero se aplique más y más al estudio de las ciencias, sobre lo que pondremos un esmerado cuidado, muy particularmente en la enseñanza que se diere en nuestro Seminario conciliar en el que procuraremos estudien de aquí en adelante todos los que aspiren a los órdenes sagrados». *Carta Pastoral de Fr. Cirilo de Alameda y Brea, arzobispo de Burgos en el ingreso a su arzobispado*. Madrid, 1849, 10.

panorama descrito en el documento escoliado escaseaba de referencias concretas sobre el territorio burgalés, si bien no dejaban de estar desprovistas de algún interés las que cabe registrar en sus páginas. Probablemente La Alameda y Brea tenía muy presente el papel de vivero que su diócesis tenía como aprovisionadora de varios cabildos metropolitanos e insulares y procuraba que durante su pontificado el clero burgalés no disminuyese su nivel intelectual (3).

Faro y guía de su pueblo, el ejemplo personal y su sabiduría harían del sacerdote el mejor pastor para unas ovejas que no andaban descarriadas, pero en las que no era descartable la inoculación del espíritu de rebeldía y protesta frente al predicado por el Evangelio (4). El flamante arzobispo confiaba en sus nuevos diocesanos de acendrada piedad y de virtudes renombradas en todo el ámbito de la patria. La cizaña tendrá grandes dificultades para brotar en una tierra de vieja cristiandad; pero ello no invitaba al descuido. Los ambientes juveniles podían ser la compuerta por la que se introdujera la semilla de la perversión. El loable esfuerzo acometido por la Corona y sus ministros en orden a la potenciación educativa no encontraba la suficiente compensación al sentirse atraída la adolescencia por el aire novedoso de una literatura inconsistente al par que dudosa. Como una nueva plaga de libros de caballería, los folletines divulgados y difundidos en la Península, tras su fulminante éxito en Francia, esparcían por doquier una literatura disipadora y enervante que aflojaba lenta e inexorablemente la disciplina social y atraía la mirada de sus lectores hacia héroes y heroínas, corruptores de la verdadera moral. La pluma un tanto desgana se encalabrínaba en este extremo adquiriendo un tono más enfático que en el resto del escrito en el que los aspectos morales primaban ampliamente sobre cualesquiera otros.

Los fundamentos del catolicismo y en especial la síntesis de los mandamientos de la ley de Dios nucleaban el pensamiento del redactor del escrito comentado que se explanaba a veces por las roderas de la sociología en búsqueda de apoyos de sus argumentaciones (5).

(3) Una visión general en CUENCA TORIBIO, J. M., *Iglesia y burguesía en la España liberal*. Madrid, 1979.

(4) «Hubo un tiempo en que sólo el buen ejemplo bastaba para que al silbido de un virtuoso pastor volvieran al redil las ovejas descarriadas: había vicios, pero el temor de una eternidad de tormentos, la sola idea de perder la visión de Dios los corregía; sobraban, sin duda, débiles, pero ninguna flaqueaba en la fe ni osaba querer entrar en los consejos de Dios para interrogarle sobre sus inescrutables designios; había pecadores pero confesaban con el Apóstol que los juicios de Dios son incomprensibles e inapelables sus caminos. Entonces un simple moralista dirigía a un pueblo y le salvaba; ¡pero hoy!... A los pecados comunes se agrega el orgullo, que ha querido sujetarlo todo a su examen; y Jesucristo, y su Iglesia, y sus Sacramentos, y la jerarquía eclesiástica y la disciplina, todo, todo ha caído bajo la guadaña de la sátira mordaz: preciso es embotar esa cuchilla destructora que intenta dejar erial el campo ameno de la heredad del Señor; al saber d. el clero está reservado este triunfo». *Carta Pastoral de...*, 8-9.

(5) «Nútrese éstas por una fatal desgracia desde los primeros años, porque la educación moral que se da a la juventud es por lo común viciada, y en una gran parte de nuestros pueblos es

Pese a ello, la crítica social desprendida de la pastoral glosada no se caracteriza tampoco por su contenido «local». Su marco era muy general, bien por el desconocimiento de su redactor de la situación burgalesa, o, lo que parece más probable, por el patriarcalismo de las costumbres de la amplia geografía espiritual de su archidiócesis. Pese a esta falta de concreción, los ataques dirigidos por el célebre prelado encerraban una enjundiosa visión de las relaciones entre clases y una no menos esclarecedora concepción del papel que el cristianismo debía jugar en la fundamentación de sus principios ordenadores y en el lenitivo de sus desigualdades. «Prescrito en la divina ley que no queremos, que no deseamos para nuestro prójimo sino la que deseamos y queremos para nosotros mismos. ¿Cómo el rico no ha de alargar su mano bienhechora al necesitado?... Los que hacen poderosos o llegan a serlo por su saber, por su industriosa laboriosidad o por los destinos que ocupan, oyendo a los dignos ministros del Señor, ni dejarían de convencerse de lo inmenso que dista la humildad que nos enseñó nuestro divino Salvador de la degradante humillación que deshonra, ni las demás clases de la sociedad ambicionarían otra más privilegiada alcurnia, ni muchos asociarían a la miseria la bajeza que envilece: en todas las clases brillaría la dignidad del hombre, desterrada en unos la altanería, respetada en otros la suerte en que les colocó la divina Providencia. Un último aspecto quisiéramos señalar en el documento escoliado. Es aquel que proporciona una somera información acerca del tema que nos parece hodierno el de mayor enjundia del pasado religioso contem-

del todo nula. La educación moral de la juventud, que tanto interesa al Estado, y cuyo descuido lleva consigo la ruina de las familias, la intranquilidad de los pueblos, el desplomo de los gobiernos; esa educación cuando no está cimentada en el santo temor de Dios y apoyada en el conocimiento y práctica de su santa ley, envenena el corazón, y devora poco a poco a la sociedad. El Gobierno de S. M. la Reina nuestra Señora multiplica las escuelas, reglamenta los institutos de segunda enseñanza, aglomera de cátedras las universidades, protege los liceos y academias públicas, y se interesa en que crezca a la par que las ciencias la instrucción moral y cristiana de la juventud; pero ¡ay! forzoso es decirlo, a pesar de ese interés del gobierno vemos que cuando los jóvenes crecen y las pasiones se desenvuelven, como no echaron raíz las virtudes de la edad inocente, libros impíos, obscenos y revolucionarios se dejan impunemente en las manos de la juventud incauta, y ésta traga aquel veneno y muere luego para la sociedad porque muere para la religión. A este gravísimo mal se agrega otro altamente deplorable; juzgan algunos que es inocente la lectura de novelas que publican ciertos folletines de enmascarada irreligión, novelas salpicadas de frases libres, de dichos picantes, de imágenes impuras, y lejos de ser inocente semejante lectura, cuando habló de las de su tiempo el funestamente célebre J. J. Rousseau, no sólo no se atrevió a negar que eran perjudiciales, sino que dijo: *Jamás hubo jóvenes castos que hubieran leído novelas o romances...* ¿Qué se encuentra en la mayor parte de esos folletines sino pensamientos falsos, máximas peligrosas, y ejemplos que si se limitaran habrían de que arrepentirse por toda la vida? La mujer nacida para el gobierno doméstico, para inspirar con su continente dulzura el amor al recato y con su ejemplo la práctica de las virtudes, ¿cómo llenar sus deberes de esposa fiel, de madre solícita, si pervierte su corazón desde sus primeros años? Los desórdenes, traiciones y violencias que tanto hacen gemir a la humanidad son la consecuencia de descuidar que el hombre sea virtuoso para que sea buen ciudadano. No son, no, en folletines altamente peligrosos, ni en novelas caprichosas e impuras, en donde han de aprenderse los deberes para con Dios, las obligaciones para con nuestros semejantes, basta su lectura para quebrantar todas esas obligaciones porque, bajo la corteza de una mirada y relumbrante erudición encubren tales librajos la ponzoña asquerosa con que inficionan a toda la sociedad». *Ibid*, 13-5.

plado desde una perspectiva científica. De uno de los párrafos del texto comentado parece desprenderse lo arraigado del precepto pascual en tierras burgalesas, cuyos habitantes fomentarían muy poco los Sacramentos, de lo que se quejaba veladamente Alameda y Brea (6). Más generalizado se presentaba el rezo del Rosario, sobre cuya eficacia en orden a la purificación de las costumbres insistía el arzobispo.

Veneración casi sacralizada de lo antiguo y tímida apertura hacia lo nuevo. He aquí el mensaje que subyacía en un escrito de forma y, sobre todo, de contenido un tanto convencional. Desprovista tal vez de entusiasmo creador, la fórmula quizá se adecuase a la realidad diocesana a la que iba destinada. Esta acaso no demandase más que una potenciación de los veneros de siempre por cuanto Burgos había sido la archidiócesis peninsular que menos había sufrido el impacto de los tiempos revueltos de la década de los 30 y comienzo de los siguientes. Diez años más tarde llegaría el momento de hacer balance de su bondad o desacierto. Pero ya no nos corresponde a nosotros, al menos en el presente trabajo.

JOSE M. CUENCA TORIBIO
SOLEDAD MIRANDA GARCIA

(6) *Ibid*, 23 y 6.